

Cómo gestionar la complejidad política

Nuevas políticas para nuevos tiempos (I)



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

La sociedad española se ha visto afectada durante los últimos tiempos por diversas tendencias de complejización política, sociológica y económica que han dado lugar a una situación electoral nueva que no es fácil de gestionar.

Después de un período especialmente fructífero de asentamiento de la democracia y de buena funcionalidad de la Constitución de 1978, la evolución de nuestra sociedad y de sus instituciones ha puesto de relieve la necesidad de acometer diversas reformas y ajustes para lograr el propósito que Adolfo Suárez proclamó en los orígenes de la Transición Democrática: lograr que aquello que es real a nivel de la calle se convierta también en real en el plano institucional.

Cambios en las bases de la sociedad

Desde una perspectiva histórica, buena parte de las transformaciones que se están experimentando en la sociedad española responden a la lógica de los grandes cambios de nuestra era que están afectando a casi todas las sociedades avanzadas: nuevas formas de organización de la actividad productiva y financiera, nuevas condiciones de trabajo, competencia concurrente de los países emergentes, transformaciones del orden internacional, impactos prácticos de la revolución tecnológica (sobre todo de las TICs), difusión de nuevas mentalidades, nuevas vivencias de los jóvenes, nuevas demandas políticas, efectos prácticos de la moneda compartida (euro), agotamientos, desfases y desajustes sociopolíticos, etc.

Tales cambios están incidiendo políticamente cada vez en mayor grado, especialmente en países como España, en donde tenemos altas tasas de paro, sobre todo juvenil, que obedecen tanto a causas estructurales como coyunturales (crisis económica) y que coinciden con la persistencia de residuos de estructuras arcaizantes y con altos niveles de pobreza y otras situaciones carenciales.

Lógicamente, las nuevas condiciones de la estructura social, laboral y económica de España han acabado teniendo plasmaciones en el plano de las representaciones políticas, con el efecto de una mayor fragmentación de los votos que obedece a factores de fondo que no es plausible que puedan cambiar de hoy para mañana; al menos, mientras persistan altas tasas de paro, precarización laboral, pobreza y exclusión social.

De igual manera, en el mapa político español se están haciendo notar varios elementos concurrentes: por un lado, el desgaste del hasta ahora partido hegemónico de la derecha (PP), que se encuentra fuertemente erosionado por varios casos graves y sistémicos de corrupción y por un sesgo excesivo hacia la derecha, que ha distanciado a este partido de los electores más centristas y moderados. Lo cual explica el surgimiento y desarrollo de *Ciudadanos*.

Por otra parte, en el campo de la izquierda, el PSOE también se ha visto erosionado por el paso del tiempo y por unos conflictos internos de presentación inter-territorial, que han sido amplificadas por los medios de comunicación social, en una forma que no ha sido bien entendida, ni aceptada, por la opinión pública. Lo cual, ha coincidido con un clima de creciente indignación y preocupación entre los sectores de la población española que lo están pasando peor, creando un caldo de cultivo apropiado para la aparición de partidos como *Podemos*.

En otro plano, los efectos de la crisis económica, las incertidumbres políticas y el enrocamiento de los actuales líderes del PP también han creado condiciones propicias para un enconamiento de las posiciones nacionalistas más extremas, con riesgo de evolución hacia comportamientos de abierto secesionismo, que no tienen encaje en la actual arquitectura europea, y que amenazan con tensionar nuestra vida política si no somos capaces de encontrar un ra-

zonable encaje constitucional que sea susceptible de estar ampliamente consensuado.

Todos estos factores, junto a los que se conectan con las inestabilidades del euro y las incertidumbres financieras y económicas internacionales más inminentes, conforman un panorama complejo y contradictorio que hay que ser capaces de afrontar con serenidad, resolución y voluntad política clara.

Ciertamente, nada es ni va a ser fácil en los próximos meses, pero será mucho más difícil si nos limitamos a enclaustrarnos en nuestras certezas y convicciones atávicas, si no mostramos capacidad de diálogo e iniciativa y, sobre todo, si nos aferramos a viejos tópicos y clichés, estableciendo líneas rojas de exclusión aderezadas con lenguajes agresivos y descalificaciones personales y políticas cruzadas.

Las lecciones del 20 de diciembre

En estos días es frecuente escuchar que después del 20 de diciembre nada va a ser igual en España. Lo cual es cierto, pero con algunos matices. Es decir, antes del 20 de diciembre de 2015 ya se habían registrado evidencias de una creciente fragmentación y, en algunos casos, de una mayor polarización potencial del mapa político español. De hecho, la eclosión de los secesionismos es anterior a esta fecha, así como la pérdida de las mayorías absolutas (o cercanas) en bastantes Ayuntamientos y Comunidades Autónomas.

En el plano municipal y autonómico, a lo largo de 2015 se pudo comprobar que en casi todos los lugares no existían posibilidades de conformar gobiernos sin el consenso concreto de varios partidos políticos, y en algunos casos se constató que determinadas plataformas de izquierdas aventajaban en votos al PSOE, y se situaban en condiciones de formar gobiernos gracias a los apoyos, precisamente, de los concejales del PSOE.

Es decir, a partir de 2015 se inauguró una nueva etapa de la vida política española caracterizada por una mayor dependencia mutua entre diversos partidos en aras de la gobernabilidad de Ayuntamientos y Comunidades Autónomas. Lo que conlleva lógicas complejidades y contradicciones que aún no se sabe bien cómo van a evolucionar y a sustanciarse en el tiempo, dado el múltiple juego de posibilidades que se ofrecen en los ámbitos de centro-izquierda. Algo que, por lo demás, no es nuevo en la vida política de muchos otros países europeos. Ni tampoco lo es completamente en España, donde es preciso recordar los gobiernos de coalición que se formaron con el concurso del PSOE en Baleares, en varias ocasiones (tripartitos y cuatripartitos),

y en Cataluña entre 2003 y 2009 (tripartito), así como en el País Vasco, desde hace tiempo. También hemos tenido gobiernos de coalición en Galicia y en Andalucía, entre el PSOE e IU, desde abril de 2012 hasta la nueva convocatoria de elecciones de 2015, por no remontarnos a la coalición municipal entre el PSOE y el Partido Comunista de España, que fue negociada por Alfonso Guerra y Santiago Carrillo en 1979. Por lo tanto, no se entienden bien las sorpresas y resistencias que algunos suscitan ahora.

Las nuevas condiciones de la estructura social, laboral y económica de España han acabado plasmándose en las urnas, con el efecto de una mayor fragmentación de los votos que obedece a factores de fondo que no es plausible que puedan cambiar de hoy para mañana.

A partir de tales antecedentes, lo que ocurrió en las elecciones del 20 de diciembre fue sencillamente que las complejidades crecientes que habían surgido y se estaban amplificando en la sociedad española se proyectaron a una escala superior y más general, dando lugar a una correlación incierta de fuerzas en el Parlamento español que no va a ser fácil gestionar. Sobre todo, hasta que determinados partidos no acaben de entender, y asumir, sus límites, sus condicionantes, las resistencias que pueden suscitar, y en definitiva sus posibilidades reales de actuación y maniobra.

Lo cierto es que en estos momentos en España nadie tiene fuerza suficiente como para imponer, o hacer asumir a los demás su programa y sus pretensiones máximas. Y el que menos posibilidades tiene es el partido que ha gobernado durante los últimos cuatro años y que ahora puede constatar que nadie quiere llegar a acuerdos con ellos, si previamente no cambia de rumbo y de sensibilidad social y, sobre todo, hasta que no sea capaz de depurar sus responsabilidades ante el grave problema de la corrupción. Pero, aún así, es prácticamente imposible que se pueda acometer en la debida forma una reforma consensuada de la Constitución de 1978 sin el concurso del PP.

Diferentes planos de aproximación

Ante un panorama tan diverso y contradictorio, la única manera de acometer la gobernación de España es por aproximaciones y desde la centralidad política, intentando sumar apoyos por la izquierda y por la derecha, sin olvidar la com-

plejidad añadida que viene dada desde el campo del nacionalismo extremo, ante el que ni se puede ni se debe ceder.

Además de una voluntad de sumar fuerzas y apoyos para gobernar desde la centralidad política, en el esfuerzo para intentar desarrollar un programa común entre varias fuerzas políticas, hay que ser capaces de proceder con la suficiente inteligencia política y sentido práctico como para perfilar un programa con sentido y suficiente nivel de coherencia, que responda a las necesidades y demandas de la sociedad española, o al menos a las de sus sectores mayoritarios.

En esta tarea, además de inteligencia política, sentido práctico y mucha paciencia, hay que ser capaces de actuar de la misma manera que actúan los científicos cuando se enfrentan a problemas complejos. Es decir, descomponiendo la cuestión en diferentes partes que resulten más abarcales y resolubles. En este sentido, hay que ser conscientes que las dificultades existentes para sumar coherentemente mayorías suficientes en el actual Parlamento español tienen que ser abordadas con enfoques de geometría variable y de búsqueda de consensos a través de zonas tangentes. Es decir, aparte de un núcleo básico de gobierno en el que es necesario que existan mayores niveles de acuerdo en lo programático y de capacidad de sintonía e interlocución con nuestros socios europeos, en lo concerniente a los gestores, es posible —y necesario— operar también en otras escalas de coincidencia, en diferentes círculos concéntricos: desde el que concierne a las políticas de regeneración democrática y lucha contra la corrupción, hasta aquel que se centra en las reformas sociales y laborales necesarias, hasta llegar al plano del máximo consenso posible que requerirá la reforma constitucional, o unos pactos socio-económicos similares a lo que fueron en su día los “Pactos de la Moncloa”. Todo esto se necesita en la sociedad española en estos momentos, y se necesita con urgencia. Ese ha sido, precisamente, el mandato que han dado los españoles a sus representantes políticos, forzándoles inevitablemente a llegar a acuerdos entre varios partidos políticos. Entre varios, a la escala que sea precisa, ya que con acuerdos solo entre dos no será suficiente para hacer todo lo que es objetivamente necesario y subjetivamente posible. E igual ocurrirá si se repiten las elecciones de nuevo.

Las encuestas que se han hecho en los últimos meses y semanas nos indican netamente cuáles son las preferencias sobre acuerdos y pactos que tienen los españoles en estos momentos, avalando lo que aquí estamos sosteniendo. Es decir: se quieren pactos, se quieren preferentemente en el campo del centro-izquierda o de una izquierda moderada,

y se quieren de una manera concurrente y acumulativa, con diferentes niveles posibles de implicación y coincidencia.

Haciendo historia

Desde un punto de vista histórico y biográfico, los retos ante los que nos encontramos son apasionantes. Se trata, ni más ni menos, que de encontrar los nuevos caminos que se abren para gobernar con sentido y coherencia en los nuevos tipos de sociedad que se están perfilando, en contextos de creciente complejidad política y sociológica, que van a ser muy plausiblemente los que van a caracterizar a las sociedades avanzadas del siglo XXI. Y esta va a ser una tarea que no se podrá abordar desde el dogmatismo ni desde el simplismo ideológico y mental. Y mucho menos desde la añoranza de un pasado que, guste o no guste, ya no existe.

La única manera de acometer la gobernación de España es por aproximaciones y desde la centralidad política, sumando apoyos por la izquierda y por la derecha, con una geometría variable, sin olvidar la complejidad añadida que viene dada desde el campo del nacionalismo extremo.

Estamos refiriéndonos a una tarea que va a requerir altas capacidades de negociación, transacción y espíritu constructivo y hasta creativo. Nada va a ser fácil, ni se va a poder dar por descontado de antemano en una empresa en la que habrá pocos blancos o negros y muchos grises. Lo que parece evidente es que se han acabado —al menos de momento— las mayorías absolutas y los gobiernos monocolor. Esa es la realidad que han querido dibujar los españoles, al igual que ocurre en más de 20 países europeos que ahora están encabezados por distintos tipos de gobiernos de coalición.

En nuestro caso, las matemáticas electorales no son fáciles ni están exentas de complejidades, ni de eventuales volatilidades. Pero, es en coyunturas de este tipo donde se fajan, y donde surgen, los liderazgos políticos de entidad, los que no se dejan acobardar por las dificultades, ni se pliegan ante las resistencias, ni se rinden antes de haberlo intentado, los que son capaces de trabajar con esa tenacidad y ese optimismo sensato de la voluntad que se requiere ante las tareas complejas. Bien merece la pena, pues, que todos apoyen, en la medida de sus posibilidades, a quienes intentan abrir nuevos caminos, y en definitiva hacer historia. Por mucho que algunos no lo entiendan. **TEMAS**